EL POETA, ESE MALDITO SER ALADO (UNA VISIÓN DE BAUDELAIRE)

Juan Manuel Spinelli
Universidad de Morón

"Y sonrío en los duelos y en las fiestas sollozo
Y encuentro un gusto grato al más ácido vino;
Y los hechos, a veces, se me antojan patrañas
Y por mirar al cielo caigo en pozos profundos".
(Charles Baudelaire)

Acaso no se haya conocido aún otro discípulo de Baudelaire que el prodigioso Rimbaud, ese vate bestial y pagano que descendió por elección propia a los infiernos y conmovió, haciendo de la juventud el tiempo sagrado del delirio y la aventura, los arraigados cimientos de la civilización occidental. Ello no se debe, en absoluto, a esa proximidad, dudosa si la hay, que resulta del hecho de ser un compatriota; ni tampoco, desde ya, a esa contigüidad aparente que nos lo presenta como su contemporáneo. Entre Baudelaire y Rimbaud hay un vínculo que, con justicia, la posteridad ha reconocido, e incluso reverenciado, en términos de maldición. *A la maldición de Dios, que priva al género humano de su estado paradisíaco y del contacto inmediato con la belleza, le hicieron frente con la altivez de quien reclama aquello que con pleno derecho le pertenece, con el orgullo de saberse* espíritu, *aunque ello les significara, fatalmente, ser asimismo objeto de la maldición de los hombres, es decir, de los que, revolcándose en el lodo de la decadencia, solo hallan gozo en la mundana vulgaridad, absteniéndose y preservándose de toda experiencia abismal. Así, doblemente malditos, en cuanto hombres y en cuanto poetas, maestro y discípulo se consagraron a la experiencia de llevar su carne viva a la palabra. Y cuando Rimbaud dio a luz su* Alquimia del verbo*, siguió la estela que Baudelaire, en su itinerario majestuoso, había dejado: y él también, al igual que su maestro, al final de su viaje, pudo por fin* saludar a la belleza.

Pero para llegar a conocer así, cara a cara, a la belleza, para acceder a esas alturas que son nuestras, que nos están prometidas, hay que elevarse por encima de aquellos que nunca sabrán remontar vuelo ni caminar por las aguas.

Hay que ser, aunque a riesgo de ser capturado por sus redes, un albatros...

I

Pocas piezas de la literatura universal hay más majestuosas que *L'albatros*, de Baudelaire. Se trata, quizá, de un poema que vuelve sobre sí mismo, que se abre al infinito en la medida en que el poeta *se ve*, él, transfigurado en esa ave que sobrevuela las aguas y el tiempo. De hecho, la comparación entre el poeta y el albatros es explícita. ¿Comparación o transformación? Acaso Baudelaire no se limite a ofrecernos una simple metáfora que ilustre, más o menos adecuadamente, el *pathos* de aquel que se atreve a planear sobre la inconmesurable miseria de la condición humana; acaso, en ese irrepetible instante en que soñó, o alucinó, el cruel destino de estos "reyes celestes" (*ces rois de l'azur*)[1]1 haya experimentado, uno más de su especie, la oprobiosa caída que convierte al señor de las alturas en el más bajo de los seres; acaso, al consumarse el poema, haya sentido, en

[1]1 "L'albatros". Todos los poemas aquí citados pertenecen a *Les fleurs du mal*, de Charles Baudelaire (para la edición francesa original, cfr. http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k70861t/f20.image.langES).

el agobio del *spleen*, que sus brazos se desplomaban contra sus flancos cual alas inertes.

II

L'albatros es el testimonio gris de la caída. No hay en este poema una luminosa descripción de la gozosa exploración de los cielos sino más bien una aciaga pintura del escarnio que padecen en cubierta los "grandes pájaros del mar" (*vastes oiseaux des mers*)[2]2 atrapados por "los marineros" (*les hommes d'equipage*)[3]3. Como puede apreciarse, la figura del albatros se contrapone, por supuesto, a la de aquellos que se complacen en mofarse y atormentarlo, pero *no* como lo animal se enfrentaría a lo humano *sino* más bien como lo alto se opone a lo bajo. Sobre las tablas del barco se representa la más grotesca de las comedias, la que muestra a la criatura alada como inferior a quienes, por naturaleza, son incapaces de remontar vuelo. *Uno* -grande, magnífico, noble- sucumbe a manos de *muchos* -cuya prosaica ruindad inequívocamente se trasluce en la malsana diversión que se procuran al atormentarlo: "¡Éste quema su pico, sádico, con la pipa, / Aquél, mima cojeando al planeador inválido!" (*L'un agace son bec avec un brûle-gueule, / L'autre mime, en boitant, l'infirme qui volait*)[4]4. Es la ausencia de belleza la que le confiere estremecedora belleza a *L'albatros*: gracias a una suerte de lírica negativa, que nos presenta un cuadro infausto, insoportablemente decadente, lo que se genera, no obstante, es la nostalgia de la región etérea.

III

La oposición entre lo alto y lo bajo es al mismo tiempo la oposición entre el Cielo y la Tierra y, además, entre el espíritu y la materia. No es propio ni del albatros el hallarse en la cubierta de un barco, entre marineros sórdidos, ni del poeta el estar "en la tierra en medio de los abucheos" (*sur le sol au milieu des huées*)[5]5. Ambos sufren una situación de exilio. Alados tanto el uno como el otro, son *extraños* en un elemento que no es el suyo, y es su propia *naturaleza alada*, la que les permite enseñorearse de las alturas, la que constituye el obstáculo insuperable que les impide marchar sobre suelo firme. Es como si a través de su calvario, Baudelaire de algún modo nos invitara, con la voz inaudible de quien habla "el lenguaje de las flores y las cosas mudas" (*le langage des fleurs et des choses muettes*)[6]6, a recordar que nuestro hogar se encuentra *en la lejanía* y que, en caso de que ya no nos fuese dable emprender el regreso, quizá pudiésemos aún evocarlo y, de ese modo, seguir habitándolo aunque más no sea *a la distancia*, es decir, en la sombría certidumbre de que *ya no* lo habitamos.

IV

El lugar de la evocación es la memoria. Si hay algo que quepa ser llamado *melancolía*, sin duda ha de ser ese *amor por el recuerdo* que se remonta hasta la luminosidad y la desnudez del paraíso perdido. ¿No será este amor el secreto de *todo* amor, lo que explica la insaciabilidad de la sed de belleza? ¿Será esto lo que pretende insinuar Baudelaire al afirmar, entre paréntesis, como si nos confesase un íntimo secreto: *J'aime le souvenir de ces époques nues*? La melancolía, en cuanto proyección afectiva hacia un estado paradisíaco primario, es decir, en cuanto estado de ánimo o

---

[2]2 *Ibid.*
[3]3 *Ibid.*
[4]4 *Ibid.*
[5]5 *Ibid.*
[6]6 "Élévation".

talante en el que se *extraña* aquello que se halla en el origen, es lo que hace que el poeta sea un *extraño* en un presente que le es ajeno, esto es, en una actualidad que se le revela como pavorosamente decadente: "El poeta actualmente, cuando quiere concebir / Estas nativas grandezas, en los lugares donde se dejan ver / La desnudez del hombre y de la mujer, / Siente un frío tenebroso envolver su alma / Ante ese negro cuadro lleno de espanto" (*Le Poète aujourd'hui, quand il veut concevoir / Ces natives grandeurs, aux lieux où se font voir / La nudité de l'homme et celle de la femme, / Sent un froid ténébreux envelopper son âme / Devant ce noir tableau plein d'épouvantement*)[7]7. La decadencia se revela a la mirada, es algo que puede verse, que se manifiesta de manera inequívoca, al caer el velo de la civlización, en el hecho patente de la desnudez. La decadencia siempre es *física* y *moral*: debilidad y agotamiento de las fuerzas, corrupción y fatuidad de las naciones. Aquí y allá, en un sentido y otro, la angustiosa *falta* de lo bello, que, asomándose con fugacidad en la juventud, se sustrae hacia *las épocas desnudas* en que los cuerpos eran sanos y fuertes a la vez que todo resplandecía. La melancolía ama la belleza, pero la belleza reina en las regiones celestes -en el azur:"Impero en el azur -dice, poseyendo la voz del poeta-, como una esfinge incomprendida" (*Je trône dans l'azur comme un sphinx incompris*)[8]8.

V

Si *L'albatros* hace símbolo la abrupta caída de las alturas, el cautiverio ignominioso del espíritu y lo patético de su exilio, *Élévation* es, por el contrario, la experiencia vertiginosa del ascenso. Si *L'albatros* ofrece una analogía entre el albatros y el poeta, seres alados hermanados en su desgracia, en *Élevation* ya no hay poeta *y* albatros. El poeta *es* el albatros, no solo porque su espíritu lo lleva *por encima* y *más allá* de la naturaleza -sino además por su prodigiosa capacidad de *nadar* en la inmensidad en la que se sumerge: "Por encima de estanques, por encima de valles, / De montañas y bosques, de mares y de nubes, / Más allá de los soles, más allá de los éteres, / Más allá del confín de estrelladas esferas, / Te desplazas, mi espíritu, con toda agilidad / Y como un nadador que se extasía en las olas, / Alegremente surcas la inmensidad profunda / Con voluptuosidad indecible y viril" (*Au-dessus des étangs, au-dessus des vallées, / Des montagnes, des bois, des nuages, des mers, / Par delà le soleil, par delà les éthers, / Par delà les confins des sphères étoilées, / Mon esprit, tu te meus avec agilité, / Et, comme un bon nageur qui se pâme dans l'onde, / Tu sillonnes gaiement l'immensité profonde / Avec un indicible et mâle volupté*)[9]9. Y aun más: el hombre alcanza su esencia humana y la consuma llevándola a su plenitud *únicamente en la medida en que logra convertirse en albatros*. Solo siendo albatros el hombre no es meramente un hombre sino un hombre libre -y esto porque solo siendo albatros es posible volar y sumergirse en la belleza.

VI

Arriba, el aire; abajo, el agua. Es en su condición de albatros que el hombre libre, rey del azur, está también indisolublemente ligado al mar. En él, en él como unidad o, lo que es lo mismo, como inmensidad, halla su espejo: "El mar es tu espejo, contemplas tu alma / En el desarrollo infinito de su ola" (*La mer est ton miroir; tu contemples ton âme / Dans le déroulement infini de sa lame*)[10]10. Que halla su espejo significa: que el *amargo abismo* de su alma se refleja en el *amargo abismo* del océano[11]11 -el mismo que, en *L'albatros*, es surcado por la nave que terminará constituyéndose en su prisión. Los albatros: "...siguen, indolentes compañeros de viaje, Al navío

---

[7]7 Cfr. "J'aime le souvenir de ces époques nues".

[8]8 "La Beauté".

[9]9 "Élévation".

[10]1 0 "L'homme et la mer".

[11]1 1 "Y tu espíritu no es un abismo menos amargo" (*Et ton esprit n'est pas un gouffre moins amer*). *Ibid.*

surcando los amargos abismos" ("*...suivent, indolents compagnons de voyage, / Le navire glissant sur les gouffres amers*)[12]12. El poeta-albatros, a diferencia de los marineros que lo capturan, *puede hacer pie sobre las aguas*. Una *ausencia de mediación,* un contacto *directo* con los abismos inferiores y superiores: eso es lo que distingue al *viajero alado*; sus captores, en cambio, tienen necesidad de interponer una tierra artificial entre ellos y la fragorosa sima. Sobre ella, la representación teatral de la decadencia nos ofrece su escena más irónica: aquella en la que los *verdaderos* inválidos, los que no pueden despegarse del suelo, mofándose de aquel que nació para lo alto por no poder moverse en lo bajo, se burlan, en realidad, de sí mismos.

VII

No hay una especie de poetas a la que cupiera llamar *malditos*. Esto es lo que nos enseña Baudelaire: que el poeta, en cuanto tal, es un ser maldito; y que, no obstante, esa maldición que hay en su origen es, por oculto designio, una bendición. Es, para la sociedad, un "monstruo esmirriado" (*monstre rabougri*)[13]13; y sin embargo, esta, al condenarlo, no hace más que dictar su propia condena. Son sus alas, sus gigantescas alas, las que lo hacen monstruoso; su fealdad inaceptable es lo que, en última instancia, le permite elevarse y partir hacia la lejanía, hacia aquellas tierras paradisíacas que, entre el mar y el cielo, han sido su hogar en una vida anterior.

Hacia las que solo un albatros, lo suficientemente ágil para eludir las redes de los marineros, puede emprender el viaje...

[12]1 2 "L'albatros".
[13]1 3 "Bénédiction".